EL REFLEJO DEL GRITO

Alicia Salgado

1

Se despertó con el eco de su propia voz atrapado en la garganta. Todavía le latía el pulso en las sienes y tenía la camiseta pegada al cuerpo por un sudor frío que olía a miedo, aunque no habría podido decir a qué. Otra vez, la vibración de siempre. Temió haber gritado en la última pesadilla de la noche. Pero era imposible. Su padre se habría presentado en su cuarto con toda seguridad.

No recordaba el sueño, nunca lo recordaba del todo, solo la vibración fantasma de un grito que no existía, alojado en algún lugar entre el pecho y la mandíbula, como un animal que arañase una puerta cerrada. Y aquel olor a herrumbre. Y la sangre, salpicando el recuerdo como una lluvia fina.

Solo en los sueños podía gritar.

Hacía tiempo que había dejado de contarle los sueños a su padre. Cada vez que lo hacía, él sonreía con esfuerzo y, a los pocos días, aparecía una cita nueva con la psicóloga. Llevaba años de terapia. Su garganta estaba sana, lo habían dicho todos los médicos, y aun así, desde hacía diez años, no había salido de ella ni una palabra. También fingía que la sangre ya no la mareaba.

Sabía que su madre había muerto cuando ella tenía cinco años. Sabía cómo lo llamaban los adultos, «un loco», y sabía que ella estaba allí. No recordaba nada más.

«No necesito saber. No quiero. Lo necesitan los otros, yo no».

El despertador tembló en la mesilla de noche. No sonaba, era un zumbido que ella percibía en los huesos más que en los oídos. Lo apagó con un gesto automático y se quedó un momento inmóvil, boca arriba, dejando que el techo blanco le devolviera la calma. Le gustaba pensar que era un lienzo limpio, un rectángulo intacto, antes de que pudiera reflejar nada.

Se incorporó y lo primero que hizo fue abrir el cuaderno de tapas negras que descansaba junto a la lámpara. Escribió la fecha y debajo, con letra pequeña y precisa: «He vuelto a soñar. No sé con qué, pero me duele la garganta».

Era su ritual de cada mañana, la primera palabra del día, aunque nadie fuese a escucharla. El cuaderno no necesitaba que ella tuviera voz: no le pedía nada, no la miraba con cara de angustia. Y eso le bastaba.

Había aprendido a vivir en el silencio con paciencia y sin nostalgia. Los demás creían que el suyo era un mundo a medias, recortado, pero ella sabía que el silencio tenía sus propios matices, sus consonantes hechas de gestos y sus vocales de mirada. Había cosas, sin embargo, que no cabían en un gesto, y para eso escribía. En las páginas de la revista del instituto, su voz tenía por fin un cuerpo. El sonido seguía ausente, pero los demás podían oírla al leerla.

* * *

Su padre se había marchado temprano, como cada lunes. En la cocina encontró todo preparado: el vaso de zumo, la tostada cubierta con un paño y, apoyada en el azucarero, una nota escrita con aquella letra grande y redonda.

«Buenos días. He salido a las siete. ¿Has dormido bien? Te quiero».

Ella giró el papel y escribió debajo:

«Te quiero, papá. Todo bien».

Solo era verdad lo primero, pero las mentiras pequeñas caben en pocas letras y no necesitan explicación. Dejó la nota donde él pudiera verla al volver y desayunó de pie, mirando por la ventana. El patio interior del edificio era un lugar de luz grisácea por el que a veces cruzaba el gato negro del segundo. Aquella mañana no había nada. Escuchó el murmullo lejano del tráfico, identificó el taconeo de la vecina del piso de encima, el bebé llorando, la madre impaciente que les gritaba a sus hijos que llegaban tarde…

«Bien. Todo ordenado y colocado en su lugar. Los sonidos de cada día».

Al recorrer el pasillo camino de la puerta, miró, como cada mañana, la pared. Echaba de menos la foto, pero no quería pedirle a su padre que volviera a colgarla. Pensaba que a él le resultaba más doloroso seguirla viendo. Del marco rojo solo quedaba un cerco oscuro, el polvo de muchos años, y dentro, un rectángulo más blanco que el resto de la pared: el hueco. Para ella era el ojo de su madre, que los observaba.

Cuando él retiró la foto familiar, ella no preguntó nada. Ambos se adivinaban en sus silencios y, a veces, era su forma de comunicarse: un gesto, una mueca, un guiño.

Hasta el invierno pasado, el cuaderno les había servido de interlocutor. Él le escribía algo cuando se marchaba a trabajar y ella le contaba sus sueños para que supiera lo sucedido en la noche. Ahora él le dejaba los mensajes en un papel al lado del desayuno.

Y el cerco de la pared y su maldito hueco se habían convertido en otra palabra muda que los dos compartían.

Cuando abrió la puerta de la calle, el hueco le deseó que tuviera un buen día.

* * *

El autobús de las ocho olía a café y a pelo recién lavado. Lo notó enseguida; junto con el oído, el olfato era su sentido más despierto.

«Tener un olfato tan fino no siempre es una suerte».

Se sentó junto a la ventanilla y apoyó la frente en el cristal, que estaba frío y ligeramente empañado por la respiración de todos aquellos desconocidos que abarrotaban el pasillo. A su alrededor la gente hablaba; una mujer discutía por teléfono con alguien que no parecía escucharla. El autobús era una caja de resonancia repleta de voces que se superponían, y ella las oía con la inquietud de siempre, contando los minutos que le faltaban para bajarse.

«Ellos, ¿se oyen? Creo que me quedaré sorda si los escucho un momento más».

Entonces le llegó, por encima del café y del champú, un olor mineral, a herrumbre; era el mismo tufo del despertar. Apartó la cara del cristal y, después del frío en su piel, sintió un roce en la mejilla, una caricia suave y lenta.

Aquel día se bajó una parada antes, como hacía a veces; el último trozo pasaba por un parque. Salía con tiempo de casa para cruzarlo a pie. Era la pausa antes del otro mundo sonoro, el del instituto. Se agachó, arrancó una margarita amarilla y se la puso tras la oreja, sin pensar.

Las aceras anchas de la avenida estaban flanqueadas por plátanos de sombra cuyas hojas filtraban la luz de la mañana y proyectaban en el suelo un dibujo que se movía con el viento. Caminó sobre aquellas formas.

2

La profesora Vidal la interceptó en el vestíbulo antes de que pudiera llegar a su taquilla.

—Ya está montada la exposición de los de segundo —le dijo, con una mezcla de entusiasmo y conspiración que reservaba para cuando hablaba de arte—. Son versiones de *El grito*, de Munch. Algunas son impresionantes. Necesito tu reseña para la revista el viernes, ¿de acuerdo?

El grito. Lo había visto mil veces, en tazas, en carpetas, en los memes que circulaban por la clase, y siempre apartaba la vista. La garganta le vibró igual que al despertar, un hormigueo breve bajo la mandíbula, y se le fue en cuanto quiso fijarlo.

Ella asintió y levantó el pulgar. La profesora Vidal era de las pocas personas que no ralentizaban la voz al hablarle ni vocalizaban exageradamente como si fuera sorda además de muda. Le hablaba al mismo ritmo que a cualquiera y esperaba su respuesta, con la misma paciencia que habría tenido ante alguien que simplemente tardase un instante en contestar. Eso la convertía en alguien soportable, incluso agradable.

Había hecho con el instituto todas las salidas menos las de los museos. Su padre firmaba las autorizaciones y después, siempre, surgía algo. Ella nunca había preguntado por qué.

En la puerta del aula se cruzó con Marcos, que le mostró la pantalla del móvil con un meme que no tenía ninguna gracia. Ella sonrió de todos modos. Marcos era su amigo desde primero de la ESO, y había aprendido a leer sus gestos con la fluidez de quien adquiere un segundo idioma sin proponérselo. Un encogimiento de hombros era me da igual, una ceja alzada significaba ni de broma, y golpear dos veces la mesa con el nudillo quería decir repite eso, que no lo he pillado. Nunca le pedía que hablara, nunca llenaba sus silencios con palabras de más. A cambio, ella le pasaba los apuntes de lengua y le corregía las faltas de ortografía sin piedad.

* * *

La clase de arte empezó con las persianas bajadas y el proyector encendido. La pantalla se llenó con un cielo de naranjas y rojos que parecía sangrar sobre un paisaje difuso, y en primer plano, la figura: las manos pegadas a las mejillas, la boca abierta en un óvalo imposible, los ojos vaciados de todo excepto espanto.

El grito.

La profesora Vidal habló durante una hora entera. Habló de Munch, del fiordo de Oslo, de un atardecer que el pintor describió como un alarido de la naturaleza. Habló de la angustia existencial como motor del expresionismo, del puente que no conduce a ninguna parte. Leyó lo que Munch había escrito de aquella tarde, cuando, parado en el puente, sintió un grito infinito que atravesaba la naturaleza.

—La figura no grita —dijo—. Lo oye. Por eso se tapa los oídos. Es un grito mudo, un grito que nadie más escucha.

Y sus palabras atravesaron el aula como una corriente de aire helado.

«Yo sé de eso», se dijo.

Se le contrajo el pecho. Fue un espasmo breve, involuntario, como el que precede a las náuseas.

Tomó apuntes con una caligrafía que se fue apretando a medida que avanzaba la clase, como si las letras quisieran encogerse y desaparecer del papel. Notaba un frío que le subía por las muñecas y se le instalaba en los nudillos, y no era la temperatura del aula. Hacía calor, incluso con las persianas bajadas y treinta cuerpos respirando el mismo aire reciclado. Era otra cosa. Algo que reconocía, pero no podía identificar.

«Es como cuando se me mete en la cabeza una melodía sin saber de dónde viene ni por qué duele».

Cuando sonó el timbre, no se levantó de inmediato. Dejó que los demás salieran arrastrando sillas y conversaciones, que el ruido se vaciara del aula como el agua de una bañera, y solo entonces recogió sus cosas con movimientos lentos, como si el cuerpo le pesara más que al entrar. En el pasillo, la última frase de la profesora le seguía sonando dentro.

«Un grito que nadie más escucha».

Marcos, a su lado, dijo que eso no tenía sentido y que, si era un grito, se tenía que oír. Ella le respondió en un papel.

«Hay gritos que no se oyen».

Él quiso saber cómo se comprobaba que el grito existía de verdad.

«Porque se siente dentro».

* * *

Esperó a que la biblioteca se vaciara. A las cinco quedaban dos chicos de bachillerato al fondo y la bibliotecaria pasando el lector de códigos por los lomos, un chasquido cada dos segundos, exacto.

No le hacía falta ver la exposición. Tenía los apuntes de la mañana, tenía la imagen proyectada todavía nítida detrás de los ojos, tenía las palabras de la profesora Vidal anotadas. Con eso escribía media página en un momento y la reseña quedaba resuelta. Sacó su cuaderno de tapas negras.

Escribió: «La obra de Munch representa».

Tachó.

«Ante el cuadro de Munch, el espectador».

Tachó.

«Un grito mudo es».

Se detuvo. Apretaba con fuerza el bolígrafo. Volvía a tener los nudillos fríos, como en clase.

Nunca le había pasado. Escribir era lo único que le salía entero y a la primera. Y ahora notaba un hueco en el centro de la página que se le quedaba mirando.

«Igual que el hueco de casa».

Pasó las hojas hacia atrás, buscando por dónde empezar. Llegó a las páginas de cuando el cuaderno iba y venía entre su padre y ella. Allí estaba la página que había dejado en blanco a propósito. La había guardado para explicarle a su padre por qué dejaba de contarle los sueños, y nunca llegó a escribirlo. Ahora, en el centro, había una frase: «Hoy he hablado mucho». Era su letra. No recordaba haberla escrito. Cerró el cuaderno de golpe y lo guardó. No era la primera vez.

3

Vibró el móvil. Era un mensaje de su padre.

«¿Qué tal va el día? Llego tarde. Tienes lasaña en la nevera».

El cursor parpadeaba en la casilla vacía de la respuesta. Cuando levantó la vista, los chicos de bachillerato se habían ido y la bibliotecaria apagaba las luces del fondo. No sabía cuánto tiempo había transcurrido. Sin contestar, abrió de nuevo el cuaderno y buscó la página en la que intentaba escribir antes. Debajo de las frases tachadas, con su letra, había una línea nueva: «Voy a la exposición».

* * *

Caminó despacio por el pasillo del instituto. El suelo pulido le devolvía su propio reflejo bajo los fluorescentes.

Sus pasos eran cada vez más lentos. Su sombra se alargaba sobre las baldosas y, como si cobrara vida, empezó a retorcerse; conforme ella avanzaba, su silueta se disolvía y se ensortijaba sobre sí misma. Sintió que aquella forma ascendía desde sus pies hasta salir por su boca y, como un humo oscuro, se quedaba flotando bajo el techo.

Imaginó que su cuerpo gritaba.

Entró en la sala vacía y se sintió observada por decenas de lienzos convulsos que la miraban con la boca abierta. Se dijo que ellos tampoco tenían voz. El grito se deshacía en colores violentos, cielos retorcidos y rostros descompuestos por la angustia.

Avanzó entre los lienzos como quien recorre un pasillo de espejos deformes. En uno, el cielo era una herida naranja sobre un mar de alquitrán; en otro, una figura sin rasgos se diluía igual que el azúcar en el agua. Cada cuadro repetía el mismo gesto: las manos en las mejillas,

la boca abierta y, sin embargo, ninguno hacía ruido. Le pareció que la sala entera contenía la respiración, igual que ella.

* * *

Un cuadro le llama la atención. Ocupa casi toda la pared del fondo; la figura es más alta que ella, y la boca, un óvalo negro del tamaño de su cabeza. Es el único que la profesora Vidal ha hecho enmarcar con cristal. La vibración le sube a la garganta.

La obra la atrae con fuerza y tiene que acercarse. Entonces ve su reflejo en el cristal.

Su rostro se superpone al del cuadro, se adapta a sus curvas y se retuerce con ellas.

No puede apartar la mirada.

Se lleva las manos a los lados de la cara, imitando lo que ve. Observa cómo sus facciones se derriten y se mezclan con la pintura.

Sus ojos se vacían y se redondean como los de la figura. El contorno de su rostro se estira, la mandíbula se le desencaja y la boca se abre cada vez más, con las comisuras a punto de rasgarse.

Se pierde en aquel abismo oscuro que ahora es su boca. Es un vacío que nunca ha pronunciado una palabra.

«¿Nunca?».

La cabeza le estalla por dentro. Algo se ha roto.

El dolor la atraviesa y su reflejo revienta. El estallido lo convierte todo en sangre. Las piernas le fallan. Cae de rodillas y luego su cuerpo se queda vencido de lado, contra el suelo frío. La sala desaparece.

Entonces recuerda.

Está de pie. La mano tibia de su madre sujeta la suya. Su madre lleva una margarita amarilla detrás de la oreja. Delante de ellas hay un cuadro protegido por un cristal. No le gusta. Ve una cara horrible, como si estuviera gritando de miedo. Todo alrededor parece moverse. El cielo, el agua, las líneas y los colores son tan fuertes que casi la marean. En el cristal, encima de la cara que grita, aparece un hombre. Tiene una pistola en la mano. Ella piensa que también es parte de la pintura.

«Oigo un estruendo y me caigo. Mi madre me ha arrastrado en su caída y he quedado encima de ella; ruedo a su lado cuando su mano se afloja, se enfría y suelta la mía. Mi cara está contra el suelo de madera y veo las patas de un banco circular. Huele a hierro. El rostro de mi madre está frente a mí; se está inundando de sangre. La sangre crece más y más, gotea y

se transforma en un charco que llega hasta mí; me mancha la cara, suave y lenta, como una caricia. La boca de mi madre es un abismo rojo.

»Quiero llamarla. Abro la boca y no sale nada.

»Tras ella veo el rostro de un hombre; es el del cristal. Se ha agachado y con la pistola toca la cabeza de mi madre. No sé qué hace. Apoya una mano en el suelo, cerca de mí. Cierro los ojos y los aprieto fuerte; no quiero ver nada. Oigo unos pasos que se alejan. Ahora sé que el hombre del cristal ha disparado a mamá. No estaba pintado».

El disparo sigue resonando en su interior y se estremece, con los ojos cerrados. Deja caer la cabeza en el suelo y aprieta los dientes. Cuando vuelve a mirar a su alrededor, el recuerdo se esconde detrás del grito que emerge de su boca.

Sigue gritando cuando el conserje del instituto acude con el guardia de seguridad.

No supo cuánto tiempo estuvo gritando. Le contaron después que tuvieron que sujetarla, que alguien repetía su nombre como si el nombre pudiera devolverla, que tardó mucho en calmarse. Cuando por fin lo hizo, el silencio ya no era el mismo. Era un silencio recién estrenado, todavía tibio, con un fondo de voz latiendo dentro.

Su padre llegó cuando ya la habían sentado en la conserjería, con una manta sobre los hombros que olía a armario. Entró sin aliento, con la chaqueta mal puesta, y se quedó parado en la puerta. Ella levantó la cabeza.

—Papá.

Fue apenas un sonido ronco, roto, como una puerta que no se ha abierto en años. Él no se movió. Luego se arrodilló delante de ella y le cogió las manos, y ella vio que lloraba sin hacer ruido, igual que lloraba ella.

En el coche no hablaron. En un semáforo, sin apartar los ojos de la calle, él dijo:

—Fue en un museo. Por eso nunca te dejaba ir.

Ella asintió. Lo sabía desde hacía unas horas. Él, desde hacía diez años.

Aquella noche abrió el cuaderno por la página que había guardado para su padre. «Hoy he hablado mucho». Esta vez era verdad. Había hablado con su padre y con la psicóloga, que había venido a casa sin cita, hasta que le dolió la garganta de verdad y no en sueños. Había contado el cristal, el hombre, la mano que se enfriaba. La explicación que le debía a su padre ya no hacía falta escribirla.

Arrancó la hoja y la dejó en la cocina, apoyada en el azucarero. Debajo de la frase añadió otra: «No está todo bien. Te quiero, papá».

Esta vez, las dos cosas eran verdad.

El jueves por la tarde se sentó ante la página de la revista. Tenía, por primera vez, dos maneras de decir las cosas, y no sabía aún cuál le pertenecía.

Escribió una línea y la borró.

Después escribió, despacio, el título, «El reflejo del grito». Debajo, la página seguía esperando.

El viernes, al entregar la reseña, volvió a cruzar la sala. Marcos la acompañó; no le pidió que hablara, nunca lo había hecho. El cuadro continuaba allí, protegido por su cristal. Se detuvo y se miró en él. Esta vez el reflejo era solo el suyo.

Por la noche, en el pasillo, descubrió a su padre con un bote de pintura cerrado a sus pies, absorto en el cerco y su hueco blanco. Tenía la brocha en la mano, todavía seca.

Abrió la boca para decirle algo y la volvió a cerrar. Ya todos sabían que podía hablar, pero ella no sabía si quería hacerlo.

Le quitó la brocha con suavidad y la dejó sobre el bote. Su padre no se resistió.

«Mañana pintaré un ojo en el hueco».

Se colocó a su lado y le cogió la mano. Él, sin mirarla, se la apretó. Tenía la mano caliente.